

GEDEÓN

ES EL PERIODICO DE MENOS CIRCULACION DE ESPAÑA

SUSCRIPCION: Trimestre: España, 1 peseta: Extranjero, 1,50 francos. Pago adelantado

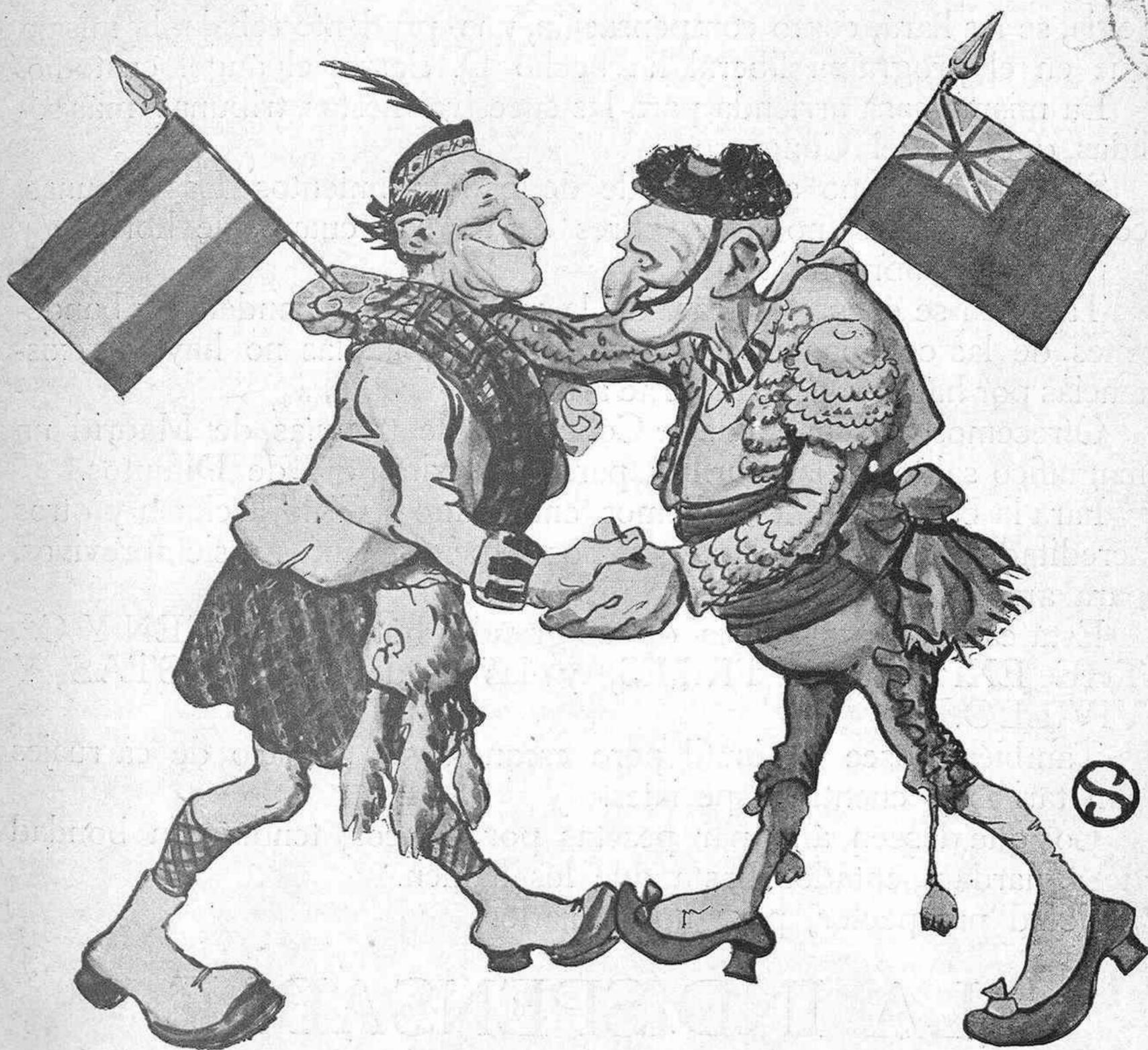
NUMERO SUELTO, 10 céntimos

Dirección: LOPE DE VEGA, 39 Y 41.—Administración: SERRANO, 55

AÑO XII

MADRID. DOMINGO 3 DE JUNIO DE 1906

NUM. 549



HONNI SOIT QUI MAL Y PENSE...

EL CABALLERO «PUNCH» Y MISTER «GEDEON» SE ESTRECHAN AFECTUOSAMENTE LA MANO EN VISTA DE LAS CIRCUNSTANCIAS...

¡HIP, HIP, HIP! ¡HURRA...! ¡OLÉ! ¡VIVA TU MADRE!



ANUNCIOS INCOBRABLES



¡GANGA! ¡GANGA!

Por pocos días se alquilan, en sitios céntricos, ventanas y welcomes para verlo todo, incluso la disolución de las Cortes, el mejor festejo para el Gobierno.

Hay ventanas para familias liberales, y welcomes de buena sombra.

A los diputados que no hayan obtenido billetes para la corrida regia, se les hará, como compensación, una prudente rebaja, la misma que en el programa liberal ha hecho D. Segis, el ángel custodio.

La misma casa arrienda para las sucesivas fiestas, tribunas más sólidas que las del Congreso.

Sin embargo, no se responde de los hundimientos. Las tribunas, como las mujeres, no están libres de un mal cuarto de hora.

¡Vincenti, sobre todo!

También se encarga la casa de la colocación de banderas y banderines de las colonias inglesas, que de las españolas no hay ya existencias por haberse acabado este artículo.

Ofrecemos por cuenta de la Compañía de tranvías de Madrid un magnífico saldo de lamparillas para el próximo día de Difuntos.

Para la batalla de flores hemos encargado á Grilo, Jackson y otros acreditados poetas, muy lindos ramos de pensamientos y siemprevivos, para arrojarlos cuanto antes en plena batalla.

Esta casa es propietaria de los grandes hoteles ABUSEN Y C.^a, THE EXPLOTEN PRIMIS, y las fondas de GESTAS Y VIVILLO.

También posee un inútil pero escandaloso servicio de carruajes con tarifas y cuentas especiales.

Los que deseen á la par pesetas por francos, tendrán la bondad de aguardar sentados hasta que los llamen.

Pedid prospectos, pero no arrojarlos.

LA INDISPENSABLE

SOCIEDAD ANÓNIMA EXPLOTADORA

DIRECTORES:

RUTINA HERMANOS

Esta casa no tiene sucursales, lo mismo que Maura

JUEVES DE QEDDEÓN



Cómo has podido llegar hasta aquí, Calínez, á pesar de esa ola humana que interrumpe la circulación y que tanto le agrada á la ola de D. Segismundo?

—Dando un rodeo espantoso, Gedeón, y en un coche que pude hallar por milagro de la Divina Providencia.

—Pero ¿has conseguido romper las filas de la carrera? ¿Has logrado pasar de parte á parte esa espantable columna que se achicharra á gusto para esperar el paso del cortejo?

—¡Quiá!... He tenido que convencer al cochero de que me diera la vuelta...

—¡Ah!... Le diste un duro y se quiso quedar con todo... ¿Y esas son las precauciones de que Vincenti se alababa?

—No, Gedeón. Le convencí al cochero de que me diera la vuelta por detrás del Retiro, calle de Atocha, etc., etc., hasta llegar á tu domicilio.

—Eso es muy propio del presente Gobierno liberal. Andar siempre dando rodeos.

—Y que ni siquiera me sirvió el famoso pase de periodista, ni aun para atravesar por el paseo de coches del Retiro. Un guarda, celoso de su deber, me aseguró que allí mandaba Rodrigáñez, y que la firma de Ruiz Jiménez no tenía valor ninguno. Y yo me fuí inmediatamente.

—Hiciste bien, para no procurarnos un conflicto de autoridades, que hubiera interrumpido la felicidad y el entusiasmo de este día.

—¡Ay, Gedeón! Ya lo ha interrumpido el tristísimo suceso de la calle Mayor.

—¡Lo sé, Calínez, lo sé!... Se ha conmemorado del mismo modo la fecha de París. Excremos á los culpables y lloremos por las víctimas inocentes.

—Todo iba tan bien...

—Sí. Y Dios quiera que todo continúe tan bien como iba. Tengo verdadera curiosidad por ver si se cumplen las risueñas esperanzas que nos han hecho concebir los periódicos con este enlace en que el amor se compenetra con la famosa razón de Estado. He leído los comentarios al Tratado de alianza entre España é Inglaterra, y aun el Tratado mismo; y espero, espero...

—Yo también espero y también me he asociado al

júbilo popular... ¿tú no has puesto colgaduras en los balcones?

—Sí; con los clásicos y sufridos colores nacionales.

—¿Y no extendiste encima la bandera inglesa?

—No, Calínez; me ha parecido demasiado pronto. No he querido precipitar los acontecimientos, como ha hecho el ministerio de la Gobernación, colocando el escudo de España entre los de otras colonias inglesas.

—¿Pero tú crees...?

—Yo no creo nada. Yo espero... ya te lo he dicho. Dicen que volveremos á ser grandes, fuertes, poderosos y ricos; que D. Segis nos va á hacer unas Cortes constituyentes para arreglar lo de la libertad de conciencia; que tendremos un Gobierno estable, en el cual será también estable Romanones, naturalmente; que florecerán la Agricultura, la Industria y el Comercio; que las Artes liberales serán más liberales que nunca; que crecerá hasta la teresiana del alcalde; y que, en fin, nuestro dinero será algo en el mundo, y se acabarán por completo nuestras deudas.

—¿Y todo esto se va á realizar bajo el poder de los liberales?

—Así parece, Calínez.

—¡Qué hombre tan dichoso este D. Segismundo! El ha sido tardío, pero cierto.

—Es verdad. ¡Y cómo le envidiará ahora don Eugenio! ¡Y cómo codiciará su puesto el ilustre demócrata Canalejas! Va á realizar en un momento los grandes ideales nacionales; va á cumplir las promesas de regeneración; va, en fin, á hacernos la propia felicidad á todos y cada uno de los españoles. Y va á hacer esto, no por su personal esfuerzo precisamente, sino por un acontecimiento dichoso, que se celebra en sus días lo mismo que podía haberse celebrado en los de cualquiera de sus antecesores.

—Así es, en efecto.

—¿Y será capaz de envanecerse de ello?... ¿Cree realmente que las reliquias le pertenecen, como lo creía el protagonista de la fábula? Y salva sea la comparación, Calínez, pues ya sabes que no me gusta ser injusto.

—Yo creo que aunque se envaneciera por ello, nada debería importarnos... Hágase el milagro y hágalo quien quiera; que la cuestión es llegar á buen término, cualquiera que sea el camino que nos lleve.

—Bien dicho. Agradecemos por adelantado á D. Segis todos esos dones que va á derramar generosamente sobre nosotros, haciendo de Fortuna con barba plateada y bigotes retorcidos. De hoy más, se cumplirá en España el deseo del monarca francés: todo ciudadano podrá echar una gallina en su puchero. ¡Qué felicidad; una gallina en cada casa!

—¿Pero no la hay ya? ¡Me parece haberlo leído en una carta de Costa.

—Te confundes, Calínez... Y ya sabes que á pesar de lo que le hemos bombeado, tampoco fué Costa el que trajo las gallinas. No lo dudes. España se engrandece: todo sube; nuestro dinero será algo

en el mundo, y se acabarán por completo nuestras deudas.

—Esto es lo que más me asombra, Gedeón... ¿De modo que, aliándonos con Inglaterra, se van á acabar nuestros ingleses?

—Claro; para dejar sitio á los otros... ¿No es esta una dulce alianza?

—Quizá lo sea ahora; mientras duran los dulces de la boda.

—¡Ojalá no se acaben nunca! ¡Ojalá sea eterna la dicha de ellos y duradera nuestra propia felicidad!... Calínez, viejo amigo, noble compañero, no tengo ganas de hablar... Estoy emocionado... Emocíonate tú también... ¡Acabamos de entrar en Europa!

—¡Caramba, y yo que me he venido con la ropa vieja!



Cancionero gedeónico

Cuantos aquí hacen cosas alusivas

—Calínez, Gedeón, Piave, Bicomé...—

guárdanse hoy sus ideas respectivas
y al escuchar los generales vivas,
dan á todos los vientos su «¡Welcome!»

Si al pie de los altares,
y entre nubes de incienso perfumadas,
vemos surgir, como en los cuentos de hadas,
las nobles expansiones populares,
¿quién interrumpe la canción sincera
de entusiasmo y amor y poesía
con una pobre endecha lastimera,
mustia flor del jardín de la alegría?

No; todo caballero
se obliga á ser galante
—no importa lo galante á lo sincero,—
por eso al ver á la feliz amante
nos quitamos, humildes el sombrero...

Si escrito está que con tan dulce auxilio
florece nuestra España y se remedia,
benedicid, bendigamos el idilio
que disipa el horror de la tragedia,
¡De nuestra pobre y quejumbrosa vida
los sueños cesen en su triste exodo...!

¡Welcome...! ¡Bien venida!
Y que hable el porvenir... ¡Dios sobre todo



Unos en el tren botijo,
y otros en tren especial;
en automóvil algunos,
y éstos anda que andarás
de todas partes cayeron
en la culta capital
una perción de entusiastas,
que vienen á contemplar
los despampanantes números
del programita oficial.
Tanta y tan distinta gente
no he visto junta jamás,
y no sé dónde ni cómo
se ha podido acomodar.
Llenos están los hoteles,
las fondas llenas están,
y hasta están llenos los bancos
—del paseo, claro está,
porque el de la B mayúscula
tan sólo puede alojar
las pequeñas expansiones
del tesoro nacional.—

¿Quién da por la calle un paso?

¿Quién puede café tomar?

¿Quién se sube en un tranvía?

¿Quién en un coche se va?

No hay coche desalquilado,

tranvía sin ocupar,

sitio en el café, ni calle

sin cien mil almas ó más...

No sé cuántas han venido,

según pudo averiguar

la oficina del terrible

Registro municipal...

Pero yo, viendo esos grupos

que me impiden caminar,

que me pisan y me empujan,

y que vienen y que van,

me sonrío ante la cifra,

me resulta colosal...

¿Yo no sé qué tantas almas?...

¡No conviene exagerar!

Tantos cuerpos es posible;

pero tantas almas... ¡quía!



Viendo la poquedad de los festejos,
populares llamados,

creo que los autores del programa
no se han debido calentar los cascos.

¡No alcanzarán, de fijo, con tal obra,
ni fama de ocurrentes, ni de sabios!

Los que expenden las cosas necesarias
la alcanzarán, en cambio...

¡Qué tarifas! ¡Qué precios!

Son, lo que no son ellos: elevados...

Hoy todo cuesta un ojo de la cara,
y ya tenemos tuertos para rato...

Resumen mitológico

de las fiestas que absortos contemplamos:

Minerva está dormida;

vela su sueño, vigilante Caco...



Estamos algo intranquiles
hasta saber—¡es curioso!—
qué tendrá dentro el famoso
pastel de trescientos kilos..

No es nuestra curiosidad
de censura á la *bucólica*...

¡Es que esa torre es simbólica!
Señor Moret, ¿no es verdad?

Quizá usted no, estas crueles
ansias, se explique ni entienda...

¡Que usted, desde su trastienda,
no se asusta de pasteles...!

Salud, estadista amable,
liberal y placentero...

¡Salud...! ¡Hurra, pastelero
responsable!



Querido Cavia: al disfrutar la lata,
que en estos días nos perturba el juicio,
saludo á tus amigos, don Patricio,
Humbugman y el barón de la Reata...



El famoso programa

El programa de los festejos ha resultado á la misma altura que el programa del partido liberal. Cuando estas cortas líneas lleguen á poder de nuestros cortos lectores, aún quedarán por realizar-



«¡ALL RIGHT!»

CALÍNEZ.—¿Y ESTOS ESCUDOS?

GEDEÓN.—SON LOS DE LAS COLONIAS INGLESAS

se algunos números; pero ellos no nos harán modificar este juicio que consideramos definitivo:

¡Vaya un programita!

Mucho tiempo tardaron en confeccionarlo sus autores, pero la verdad es que parece una cosa improvisada.

Cuando se hizo pública la noticia de la boda y se acordó la fecha, D. Segis estuvo unos cuantos días metido en casa, sin ver á nadie, sin hablar con nadie, sin ocuparse de los asuntos de Gobierno que todos creíamos de urgente resolución.

—El Presidente no recibe—decían sus familiares cuando alguien quería quebrantar la rigurosa clausura.

—¿Que no recibe...? ¡Es extraño!—contestaba el pretendiente molestado por la imprevista detención de sus pretensiones.

¿Qué hará el Presidente?—pensábamos todos devanándonos los sesos para averiguarlo.

Pronto lo supimos.

Una voz confidencial y amistosa susurró en todos los oídos de la península é islas adyacentes la buena nueva.

—¡Chist...! ¡Silencio...! ¡No le distraigamos...! ¡Confianza! ¡Seguridad! ¡Paciencia...! ¡¡Está confeccionando el programa!!

Suspiramos con satisfacción.

Creímos, como el poeta.

¡Por fin vamos á conocer el programa del partido...! Ese programa famoso antes de nacer, por cuya sola virtud, aún desconocida, crece y se afianza el antiguo fosforito, y es un personaje y excita hasta la admiración de Montero, que es hombre que no suele admirarse más que de sí mismo. Ese programa, ya santo, como San Ramón Nonnato, precisamente por tener el Non antes del tiempo de verbo que le corresponde.

Nuestras ilusiones se desvanecieron en seguida.

El programa que confeccionaba D. Segis era... ¡el programa de las fiestas!

El desencanto es el padrastro de la tristeza, como ha escrito el propio Gedeón en una tarjeta postal... Tristes, muy tristes nos dejó á todos este desencanto. Pero, repuestos del susto, esperamos el programita oficial, ya que con él teníamos que contentarnos.

Supimos también que no era solo D. Segis en el corte y confección: que le ayudaban en la improbable tarea, Romanones, Vincenti, García Prieto y Ruiz Jiménez, verdaderas autoridades, Ruiz Jiménez y Vincenti particularmente.

Y tuvimos asimismo noticia de lo que sufrían, de lo que sudaban, de lo que se agitaban antes de usarse, al usarse y después de usarse.

Momentos hubo en que estuvo á punto de fracasar la obra, porque entre todos no podían llegar á una inteligencia.

¡Ahora sí que lo comprendemos todo!

¡Vaya un programita!

Los festejos, como dijo oportunamente el señor conde de Romanones, definiéndolos con una sagacidad envidiada por Gedeón, han sido de tres clases: íntimos, oficiales y populares.

No lo dudamos, ni lo afirmamos tampoco, puesto que á ellos no hemos asistido; no dudamos que hayan sido espléndidos los festejos de las dos clases primeras. Modestos, humildes por nuestra condición personal y social, no tenemos, naturalmente, acceso á las elevadas esferas donde han transcurrido, con el regocijo

y la satisfacción naturales, los festejos íntimos. No pertenecemos tampoco, por desgracia nuestra, á ese mundo oficial, pequeñísimo cuando se trata de laborar en algo beneficioso para el país, y de una amplitud enorme si ocurre cualquier acontecimiento que obliga á organizar cuchipandas y diversiones, quiere decirse que no hemos tenido billete para los toros, ni para el teatro, ni para los bailes de etiqueta. ¡Qué le vamos á hacer!

Somos pueblo: pertenecemos á esa extensa porción de ciudadanos que luchan por el panecillo, pagan sus cargas correspondientes y disfrutan de lo que buenamente les dejan las celosas autoridades encargadas de velar por su comodidad y por su entretenimiento.

Y como ciudadano, Gedeón no tiene más remedio que declarar que no se ha divertido.

Ya va siendo viejo, y puede, por lo tanto, complacerse en recordar lo que ha visto y ha vivido, aunque no escriba sus Memorias como su amigo *Kasabal*.

Y estos recuerdos le permiten afirmar que las actuales fiestas han sido de notable inferioridad con respecto á otras que ha presenciado.

Y asegura también que todo es uno y lo mismo, que dijo el otro, ó bien que hay muy poca variedad en la vida.

Iluminaciones, colgaduras, *fiacolata*, desfile militar, fuegos artificiales... ¡Lo de siempre...! ¿Quién osará decir que tenemos una imaginación abundante?

Un número viejo se ha resucitado: el de los bailes populares. Y en verdad que la resurrección no era precisa, porque ¿quién puede privar á unos cuantos jóvenes de buen humor de danzar un rato al son del organillo ó la charanga?

No está mal, sin embargo, que ahora bailemos bajo la alta inspección y el paternal amparo de la autoridad competente...

¡Que bailemos nos manda el buen preboste...! podemos decir parodiando al clásico.

Añadiendo, cuando nos retiremos á nuestros respectivos domicilios, terminado ya el abrumador programa de festejos:

—¡Que nos quiten lo bailado!

¡Qué programita!

¡Y qué desluciditas algunas colgaduras!

¡Qué derroche de percalina barata, de madera endeble y de flores artificiales!

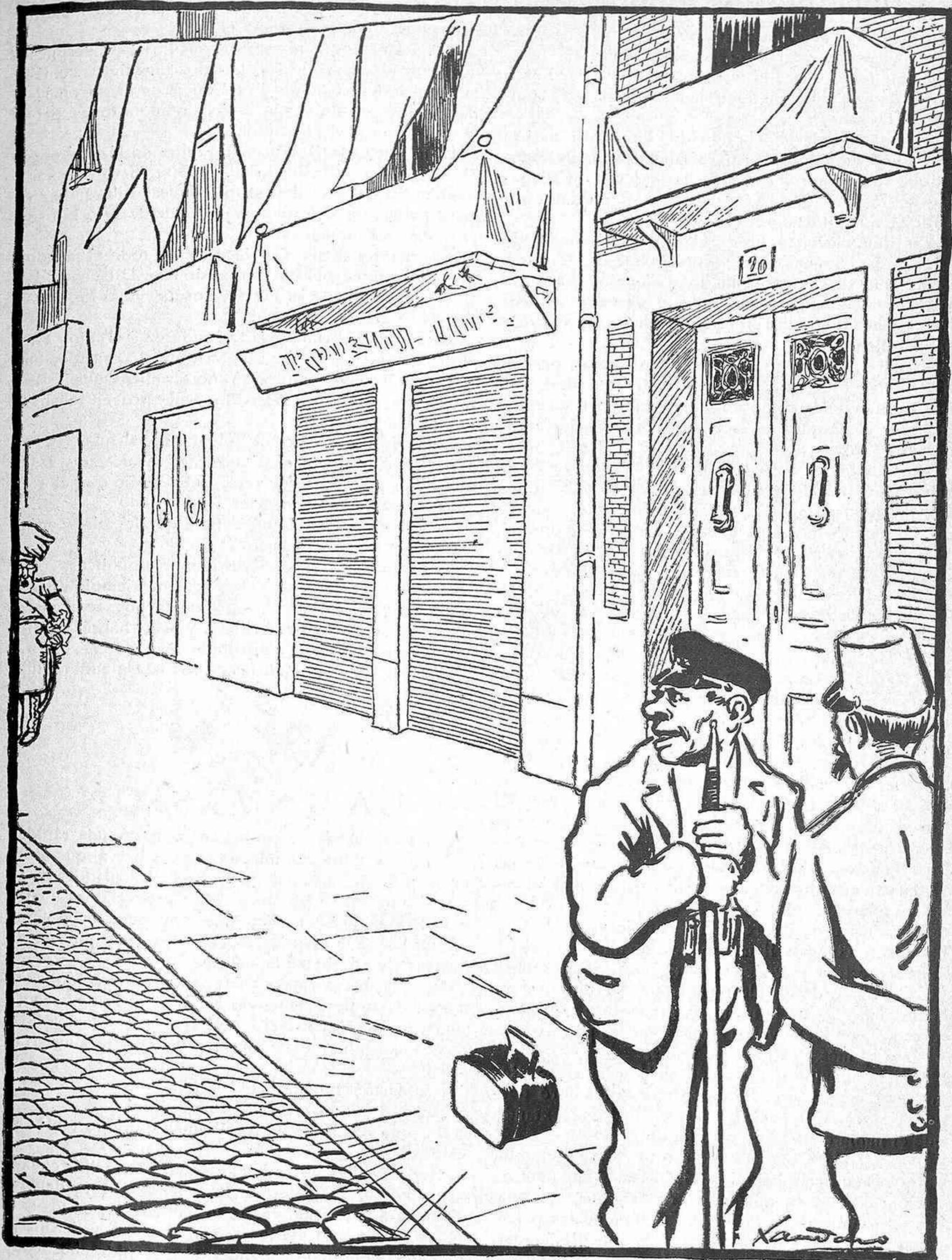
¡Qué arcos de tan mal gusto se han lucido por esas calles de Dios!

¡El haga que este entusiasmo popular no sea tan artificial como las flores, ni tan endeble como las maderas, ni tan barato como la percalina!

Esa bandera inglesa que ha tapado casi toda la bandera española en los grupos colocados en postes y balcones, nos escama un poco...

En fin; pasarán las fiestas y esa enorme masa de forasteros que han venido á gozar de los festejos populares con los cinco sentidos, se irán á su casa después de ver la decoración de las calles, de oír las imprecaciones de cocheros y conductores de tranvías, abrumados por el trabajo, de oler y no á ámbar por el gentío de gente, de gustar las comodidades de la falta de espacio en todas partes y de tocar el cielo con las manos, gracias á la liberalidad de industriales y comerciantes, que han hecho su agosto, para estar de acuerdo con la temperatura.

¡Y hasta otra!



MADRID DE NOCHE

UNA VOZ.—¡SERENO!

EL SERENO.—¡VOY! (A los guardias): ¡ES EL PRINCIPE DEL 23!

Colgaduras y luminarias

Madrid ha hecho un derroche de percalina y de lucecitas de colores, para festejar el fausto acontecimiento que á la hora de escribir estas líneas y cerrar esta edición debe hallarse del todo consumado.

Ignoramos todavía si la felicidad de nuestra nación está ó no está asegurada; pero sabemos positivamente que los tenderos de telas baratas y las Compañías de Electricidad, han asegurado su porvenir por mal que vengan después las cosas.

Las iluminaciones, por punto general, han sido espléndidas. Sin embargo, el presidente del Consejo no iluminó su casa por miedo de que se viera demasiado la trampa con que pide el decreto de disolución, para ir tirando en el Poder hasta otra ley de Jurisdicciones.

Colgarla sí la colgó (hablamos de la casa), porque el Sr. Moret lo cuelga todo, y si no, recuérdese con qué habilidad nos colgó á los españoles la ley supradicha, y el antiguo y fracasado mote de «La autonomía es la paz».

En cada hueco del edificio puso un programa distinto y aún le faltaron huecos. Naturalmente, todos los programas, aunque muy democráticos, por lo mismo que no han de cumplirse, sonaban á hueco. El público los miraba un instante y se deshacía después en elogios y en Cortes disueltas de mangas.

El ministro de la Guerra empapeló las barandillas de los balcones con números de *El Cencerro*. A muchos les extraña todavía que aquel demócrata radicalísimo de antaño sea este ministril retrógrado que hoy manda y cobra. Pero bien lo descifra *El Cencerro*. ¡Tenía que salirnos manso! Luces no puso. Desde que dejó de ser A de Ele, se quedó sin ninguna.

Amós Salvador sacó á uno de sus balcones las de Modesto Sáinz, y había puñetazos por verlas. Con las guías de los bigotes hizo una decoración trenzada, con su *welcome* en medio. Esa palabreja inglesa, ha sonado muy bien en nuestros oídos; pero el caso es que mientras Amós *welcome*, todos los demás españoles ayunamos. También colocó varios francos en las ventanas del entresuelo, pero no bajaron ni á la calle, ni á la par, como creía la gente.

El ministro de los Negocios Interiores, ó de Gobernación, como se llama por mal nombre en España, decoró toda su vivienda con gente de Guadalajara. Cada uno de los alcarreños tenía su billete para la corrida regia en la mano, y en medio de los electores del conde, se veía á Brocas, que es para su amo y señor el más alcarreño de todos.

Con la iluminación también salió ganancioso Romanones, pues por cada luz encendida le cobró después dos á la Compañía de Electricidad, pretextando que él había contratado otro flúido.

Aun así, la Compañía se dió por muy contenta, porque sabe demasiado cómo las gasta el hojalatero.

Concas colgó de una antena de escarabajo sus planes reformadores de la Marina é iluminó las palanganas de su casa con barcos de vela á medio apagar.

En cambio Gasset decoró toda su fachada (y nadie ignora que es lo mejor que tiene) con un tapiz magnífico en el cual se veían canales bordados y caminos hechos á realce. Esta maravilla, que supone un trabajo de siglos, la ha realizado Gasset en doce mi-

nutos y medio, con la ayuda de Burell y el pico de la lengua, sin haberse tomado ni siquiera un minuto para pensar cómo saldría la obra.

Resultó, á pesar de esto, maravillosa, y después de las fiestas servirá para que los ingenieros continúen haciendo, bajo su dirección, esos juegos malabares sobre el tapiz, que tanto gustan en todas partes á los niños y á los soldados.

El ministro de Instrucción pública no hizo alteración alguna en el edificio que habita; pero el señor Santamaría de Paredes salió á la calle llevando en las espaldas un letrero nuevecito que decía: «No se permite fijar anuncios».

En cuanto al Sr. García Prieto, todo el mundo sabe que tiene puesta la dimisión en la fachada de su casa; pero nadie va á verla, porque ya ni los paletos creen en esas cosas.

El duque de Almodóvar se enderezó el ojo. Ha sido el ministro que, en materia de decoración, ha quedado á mayor altura. Y no terminaremos estas líneas sin contar lo ocurrido á nuestro entrañable amigo D. Valeriano.

Creyése en el caso de colgar sus balcones, pero todas las percalinas le parecían demasiado caras. Entonces pensó en su guerrera, pero temió que el sol pudiera comerle las manchas.

Y no sabiendo qué colgar para que le saliese más barato, se colgó él mismo.

Ahí tienen todos nuestros hombres públicos, conservadores y demócratas de pega, un ejemplo digno de imitación. Lo que hizo Weyler por economía, háganlo los demás por justicia, y jamás habrán admirado los españoles colgaduras más de su gusto. ¡Entonces sí que pondríamos todos espléndidas luminarias!



LA INVASION

A los calculistas de profesión les basta una rápida ojeada sobre la multitud para saber á qué atenerse. Ojo de buen cubero y ojo de calculador viene á ser lo mismo. Pues bien, estos apreciables y envidiables amigos suponen que hay actualmente en Madrid, con motivo de los festejos, una población flotante de 180.000 personas.

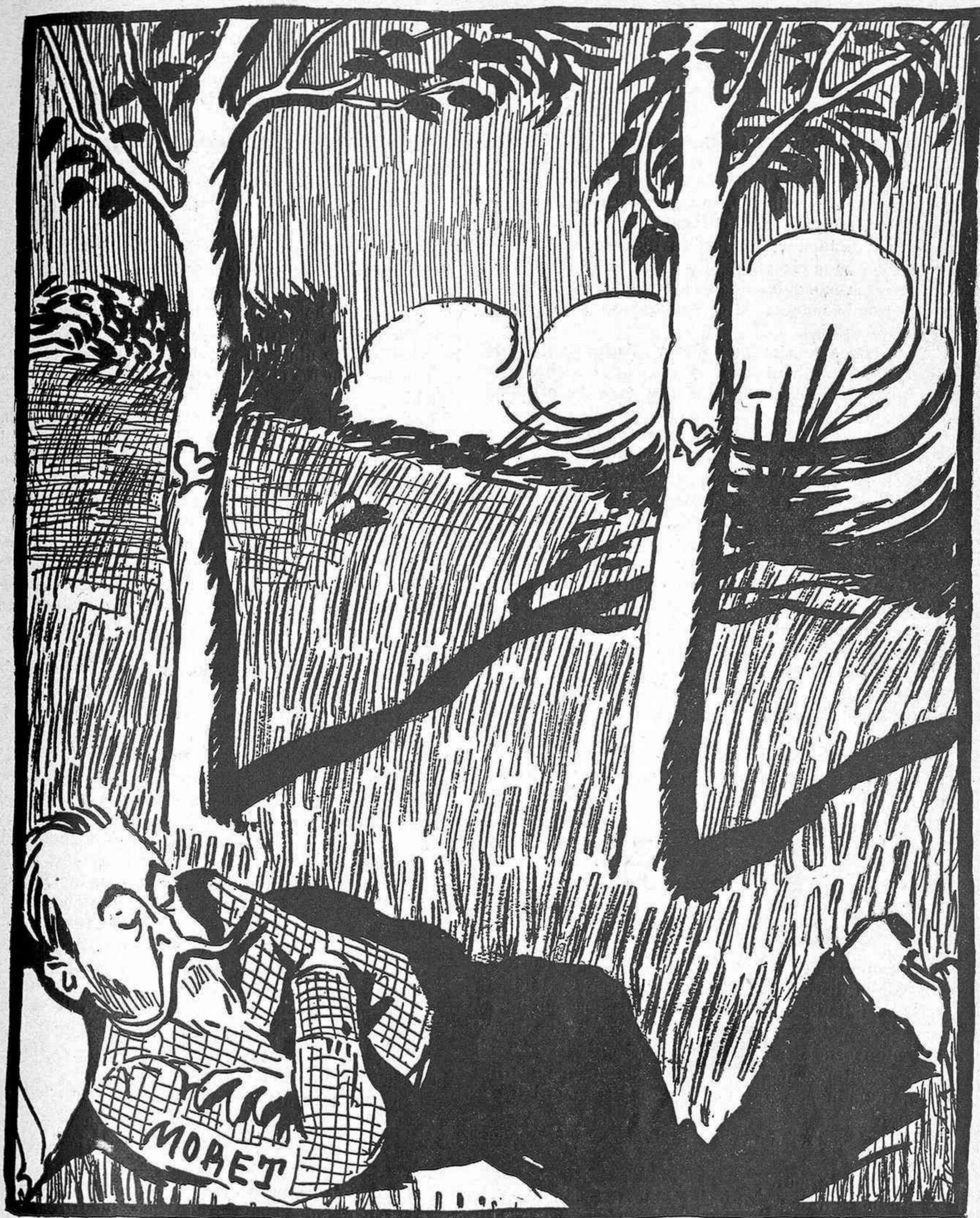
Por nosotros no haya cuidado de rectificación; con mucho gusto ponemos á esa cantidad el visto bueno, sin protesta alguna. Pero ¡ay! que la población flotante nos agobia, nos entorpece y nos altera nuestra vida.

¡Población flotante!

¡Ojalá lo fuera más aún, sumergible!

Porque Madrid está sencillamente insoportable en estos días.

Por las calles no se puede andar sin recibir codazos y empujones, porque los *flotantes* pretenden ir siempre á la cabeza, cueste lo que cueste; en los cafés se toman por asalto las mesas y las cucharillas. Como el consumo es grande, al que pide chocolate con picatoste, se lo sirven con cuadrillos de madera curvada, ú cosa parecida; á las medias tostadas las dan una ligera mano de barniz amarillo, que así, al pronto, las favorece; y la leche, no hay que decir,



BAJO LOS ÁRBOLES DE MOURISCOT

EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO

es lo contrario de la famosa é imperecedera frase de Pucheta.

Pero, en fin, mejor ó peor, habéis pasado un *ratito* en el café desde las ocho hasta las doce, por ejemplo, y á la salida se os ocurre

tomar un cohecite

sin música de Chueca

Pero ¡que si quieress!; es decir, eso desearia el infeliz á quien se le antoja esa comodidad. De seis ú ocho carruajes que hallaréis á la puerta, dos os dirán que están alquilados, tres que van á relevar—puede que en la cocina del café—y los otros, si se hallan de humor, es posible que entren en negociaciones, con ciertas condiciones: una horita corta una carrera razonable, dos duros en fianza y tres ocupantes por lo menos. Un parroquiano solo no se admite estos días.

Y vosotros tenéis que elevar piadosamente los ojos á los arcos iluminados, ó decirle al cochero, si sois hombres de carácter, que *tire* para la próxima delegación.

¡Y todo por la dichosa población *flotante!*

Menos mal si pudisteis defender el domicilio de la invasión del forastero, porque entonces vuestra tranquilidad estará constantemente amenazada.

Es preferible que recibáis á un príncipe que á un *flotante* de tercera clase.

Al príncipe, con ponerle una garita en el portal y dejarle el llavín para que se retire cuando guste y sin que nadie lo sienta, ya estáis cumplidos; pero ¿con un forastero, que lo quiere ver todo, palparlo todo, preguntarlo todo? ¡Muertos sois! ¡No hay remedio ni puerta de escape posible!

El os amargaré la vida *brutalmente, radicalmente*, como decía Maura, ese forastero del partido conservador.

Es preferible, ¡ya lo creo, mucho más!, no salir de casa en estos días y dedicarse á la penetración pacífica de los *Ideales*, de Grilo, y de los obras completas de Jakson Capús.



Gedeón, moreno

La empresa del teatro de la Zarzuela, ya ustedes saben, hace á dos géneros: el chico y el ínfimo; mitad y mitad, como dicen algunos consumidores al echador en el café. Pero como las gotas de *varietés* no entonaban lo suficiente el recuelo de las *piecetas* que allí nos sirven, la empresa pensó, y con razón, en un número de fuerza para vigorizar el espectáculo.

¿Y qué mejor número de fuerza que el de unos luchadores?

Dicho y hecho.

En un tren de peso, y de doble tracción, llegaron á Madrid diez ó doce campeones dispuestos á darse, con más ó menos cortesía, y guardando la mayor corrección posible, sendos puñetazos, y definitivos y succulentos *trompis*.

La invasión de los bárbaros en la Zarzuela, hay que reconocer que ha sido del gusto del público, que todas las noches va al teatro deseoso de ver cómo se sacuden los amigos el polvo.

Hay tres ó cuatro luchadores—parece mentira—más corpulentos que Aguilera y Barroso, aunque, naturalmente, menos intelectuales, que, ¡caramba!, en este punto no se puede ser muy exigente, y la mayor parte de ellos, fuera de la administración de la fuerza, no creemos tengan noticia de sus respectivos clásicos, ni mucho menos de la influencia del modernismo en la literatura.

El espectáculo, y ¡tan espectáculo!, place á las gentes, ¡y cuidadito que en clase de luchadores, sobre todo, por la existencia, tenemos aquí decididos campeones!

Todas las naciones estan dignamente representadas: hay luchadores franceses de dos clases: de peso corrido, como Bouger, y de peso ligero, como Vervet; un italiano; un alemán, al que ya le ha tomado *tirria* el público; un holandés; un suizo; un ruso de gran espectáculo; un negro del Senegal, y un español. Ingleses no hay ninguno. Realmente, ¿quién se atreve á luchar con los ingleses? ¡Es el campeonato más difícil!

Los españoles nos consideramos satisfechos. En importantes concursos que la Ciencia organiza en el extranjero, podremos carecer de representación muchas veces; pero en cambio hemos salvado ahora el honor, gracias á Ortolá, que así se llama nuestro gallo.

Ortolá, que así, al pronto, más parece un apeadero (¡Ortolá, un minuto!) que un luchador, se trae lo suyo, que dice la gente, tocante á la activa propaganda de *mojicones*. Y en eso estamos estos días, en ver quiénes de los campeones queda por amo y señor del palenque.

Muchas señoritas, que asisten á las luchas de la Zarzuela, son las más expresivas en el aplauso. ¡Cómo se ponen las pobres ante la contemplación de aquellas recias musculaturas!

Involuntariamente se vuelven hacia sus novios y maridos, y después de palparles los *biceps*, suspiran con profundo desaliento, y atisban con los gemelos los torsos brillantes de los atletas.

Como el espectáculo es, merced á la moda, de buen tono, para disimular lo que vulgarmente llamamos puñetazos, estrangulación, patadas, etc., lo escribimos en francés para que resulte más elegante, y así decimos que Limousin venció á Clement, por *prise de tete, suivi d'un prisse d'épaule à terre*; que Raoul, no el de la noche de Saint-Barthelemy, sino el luchador de gran peso, triunfó de Vervet, por un *contre passé à terre*, y que el ruso obtuvo la victoria sobre su contrincante por *pout ecrassé*.

Y así, gracias á este *cold-cream*, se suaviza todo y la lucha viene á ser un juego de salón.

Salvo los cardenales, naturalmente, y la *tete libre*.

En la misma noche celebraron sus beneficios otros dos luchadores de la chirigota y de la bagatela: Chicote y Carreras, los dos de poco peso.

La lucha, que fué á morcillas, quedó empatada.

La *Machaquito*, que estrenó el primero, en Eslava, fué cogida y volteada, resultando con heridas de tal consideración, que antes de llegar al cuarto de Chicote la pobre había rendido su primero y último suspiro.

El pollo Tejada, en Apolo, tuvo mejor suerte; no es cosa de envidiársela, por los mil apuros en que se vió metido el hombre.

El pobre Valbuena, El terrible Pérez, El iluso Cañizares, El pollo Tejada.

¿Hasta cuándo siguen las firmas?

¡Una tontería!

¡Dos tetralogías! ¡Dos nombres! ¡Wagner y Arniches!

U si ustedes quieren, *El anillo del Nibelungo y El ajustador de Quinito.*

Porque el amigo es el que se lleva el oro de Apolo.

A hora sí que viene bien el famoso *por fin.*

¡Por fin, terminó sus representaciones en la Comedia, la compañía Galipaux!

Lo que dirá el amable Tirso: Del timo del portugués ya tenía conocimiento, pero no sabía una palabra de éste del francés.

¡Vaya con Galipaux!

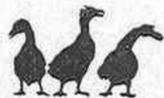
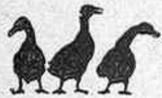
¡Cuidadito con el cartucho que nos ha colocado!

Los que están en sus glorias son nuestros amigos María Tubau y Ceferino Palencia.

¡Una representación en el Pardo!

¡Como quien dice, proveedores de la Real Casa!

¡Y Echar la llave!..



... y armas al hombro

Como Gedeón, Calínez, Piave, Bicombe, etc., etcétera, son ya viejos en este oficio de llenar cuartillas, no desconocen que en presencia de un acontecimiento solemne hasta las plumas mejor templadas se destemplan.

Por eso disculpan á sus queridos compañeros en la Prensa, los estimables reporteros—como los llama doña Emilia—encargados de informar al público de cuanto ocurre en estos días.

Desde que la gentil vitoreada se alojó en El Pardo hasta el actual momento histórico, ¡qué cosas tan lamentables se han escrito y publicado en todas partes! ¡Qué colgaduras tan *fanés* han aparecido en las columnas de los periódicos en celebración del fausto suceso!

Lo hacemos constar para que no padezca la verdad histórica.

Pero no lo censuramos porque—ya queda dicho—lo comprendemos perfectamente.

Después de todo, en estos casos la cuestión es decir lo que pasa, aunque se diga de cualquier manera.

—Más noticias que literatura—que dijo un antiguo y olvidado compañero.



Ay...! Hasta ahora, tampoco la Santa Poesía ha lanzado su *quos ego.*

Vamos..., lanzarlo sí; ¡pero en qué forma tan insignificante!

En la función celebrada en el teatro del Palacio de El Pardo, se escucharon sus primeras voces y aún no se nos ha quitado el susto de encima.

¡Qué sonetito el de D. Ricardo de la Vega!

Nuestro ilustre y querido amigo ha quedado esta vez un poquito mal. Nada más que un poquito, porque sólo se trataba de un soneto.

Nuestro no menos querido Ceferino Palencia ha quedado un poquito peor porque tuvo á su cargo un romance.

Y es que ambas obras eran de relleno, y la Santa Poesía no permite ni tolera estas escapatorias

Veamos, sin embargo, en los dos envíos una perfecta adecuación al lugar en que vieron la primera y última luz.

Fué en El Pardo. ¿No era lógico que tuvieran tantos gazapos?



A D. Ricardo de la Vega, ya le aplaudiremos en otra ocasión para compensarle...

A D. Ceferino Palencia, le aplaudimos ahora, ya que no como poeta, como director de escena.

Y queremos que su insigne esposa doña María, participe de este nuestro aplauso caluroso.

Estuvo muy bien la funcioncita, y para hacerlo constar: se rompió hasta la etiqueta.

De hoy más, la feliz pareja artística podrá anunciarse, como algunos comercios, en la siguiente forma:

«Compañía cómico-dramática de María A. Tubau y Ceferino Palencia.

Proveedores de la Real Casa.»



No nos atrevemos á asegurar del todo que ahora nos falte la Santa Poesía, á pesar de esos dos disparates tan desagradables.

No nos atrevemos, porque se sabe que algunos cantores han pulsado en sus respectivos domicilios la correspondiente lira y que pronto ha de conocerse el fruto de su inspiración.

Ello ha de verificarse uno de estos días—una de estas noches, mejor dicho—en la reunión aristocrática que al efecto se prepara.

Allí se conocerán todos los epitalamios, y sabremos cómo anda, si no el estro, el fervor de nuestros poetas.

Sea cualquiera el resultado de este concurso, nosotros lo disculpamos como hemos disculpado á nuestros compañeros en la Prensa.

En esta disculpa no están comprendidos los organizadores, á los cuales aplaudimos por su buen deseo.

El crítico más exigente no sería capaz de censurar al monte Helicón, porque en él se sentaran equivocadamente algunos copleros.



Y después de todo, ¿para qué ningún canto?

Al suceso que se celebra puede aplicarse la frase del poeta: «¡Poesía eres tú!»

¡Lástima que al participar nosotros de esa poesía, nos encontremos con la terrible prosa de D. Segismundo.



Todo, todo lo disculpamos!

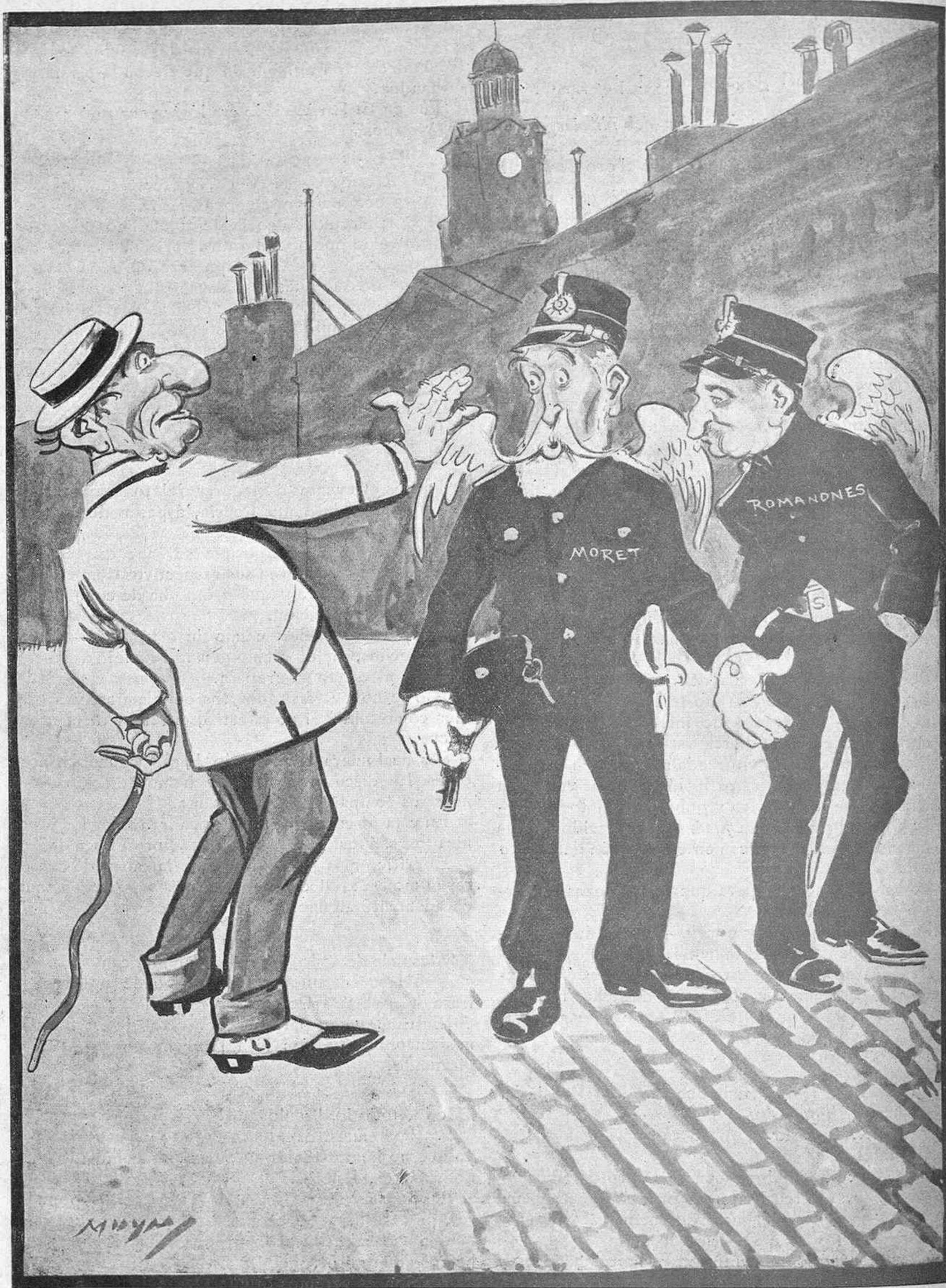
Vaya nuestro indulto para todos esos delito ya que no hemos tenido el que esperábamos de Manolín García Prieto...

Pasarán las fiestas, pasarán los regocijos populares, pasarán hasta las cuentas que presente el Ayuntamiento para justificar los trapos y los farolillos que hemos admirado...

Y entonces veremos lo que D. Segis nos prepara.

Ganas tenemos de que se vayan los forasteros para abrazarnos al ilustre presidente del Consejo, diciéndolo, en presencia de sus taquígrafos naturalmente:

—¡A! fin solos!



LOS ANGELES CUSTODIOS

EDICIÓN.—¡AHORA SI QUE SON USTEDES MINISTROS RESPONSABLES!